SEMANA SANTA DE VALLADOLID

PREGON

PRONUNCIADO
en el
SALON DE ACTOS
del
PALACIO MUNICIPAL
EL DIA **28** DE FEBRERO DE **1951**
por el
ILUSTRE ESCRITOR
DON PEDRO GOMEZ APARICIO

JUNTA DE SEMANA SANTA

FA - C.1-33

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL

FOL 4025

SEMANA SANTA DE VALLADOLID

PREGON

PRONUNCIADO
en el
SALON DE ACTOS
del
PALACIO MUNICIPAL
EL DIA **28** DE FEBRERO DE **1951**
por el
ILUSTRE ESCRITOR
DON PEDRO GOMEZ APARICIO

Biblioteca del Archivo
1323560
FA - C.1-33

R 17907

JUNTA DE SEMANA SANTA

IMPRESOS GERPER - HEROES DE TERUEL, 4 - VALLADOLID

PREGON
de la
SEMANA SANTA
DE VALLADOLID
1951

NO hay un pueblo en Castilla que no tenga un Nazareno y una Dolorosa. No hay un pueblo en Castilla que, en el atardecer del Viernes Santo, no se sienta transfigurado en un Jerusalén. Más que de fiesta, el pueblo de Castilla se viste, en el atardecer del Viernes Santo, de penitencia y de meditación. En derredor se extiende la llanura, que, por doquiera que la miréis, se abraza con el cielo en una mutua entrega: un cielo que desciende y una tierra que se eleva hacia el cielo. Tierra y cielo se buscan en Castilla como por un milagro de la Fe. La tarde es húmeda, cenicienta y solemne. Por la calle empedrada, entre vaivenes que parecen renovar las caídas, avanza el Nazareno con la cruz en los hombros. Detrás, la Dolorosa, con el pecho cruzado por los siete puñales de la angustia. Tiemblan los cirios, y su luz se retuerce con un retorcimiento de dolor. Y el silencio —silencio de Castilla, tierra de los silencios— pone un orden entre la muchedumbre de las capas —pardas como sayales— de los hombres, y de las mantellinas de las mujeres enlutadas. Como en Jerusalén, el Nazareno, que sucumbe al peso de la cruz, y la Dolorosa, que arrastra su dolor siempre detrás del Hijo, son los protagonistas. Pero, en contraste con Jerusalén, la muchedumbre calla, porque no hay hombre que no se considere un poco Hijo ni mujer que no se sienta un poco Madre.

A esa misma hora del grave atardecer del Viernes Santo castellano hay miles de otros pueblos que reviven un drama

semejante. Cambian las perspectivas y el paisaje: la infinita meseta se ha trocado en los valles ubérrimos de la altiplanicie andina, en las anchas llanuras de Campeche y Sonora o en las verdes inmensidades de la Pampa. Cambian también las muchedumbres, y el pardo paño, tejido con lana merina, se trueca en poncho urdido con pelo de vicuña o fibra de henequén. Pero las oraciones son musitadas en el mismo idioma y los protagonistas son casi siempre idénticos: un Dios que se hizo hombre por amor de los hombres y una Madre angustiada que en su dolor resume la quintaesencia de todos los dolores. Cada pueblo de América, igual que cada pueblo de Castilla, se transfigura en un Jerusalén. No basta a su piedad con recordar la suprema tragedia: necesita vivirla, sentirse él personaje y escenario, dar visos de realidad tangible, para su propia edificación, a un drama eterno que se renueva cada Viernes Santo. Cobran de esta manera corporeidad las divinas figuras. Por obra de la Fe, las distancias se acortan, y vuelve a ser América reencarnación de España. Con las mismas creencias, con las mismas plegarias y, también, con las mismas imágenes. Porque si la Fe la heredaron de España aquellos pueblos, también de ella heredaron las imágenes en que esa Fe común está simbolizada.

* * *

Un día del Noviembre de 1504 se extinguía como un pábilo, en tierras de Valladolid, la santa vida de la Reina Isabel de Castilla, el centenario de cuyo nacimiento nos disponemos a conmemorar. Su voz, debilitada, pero firme, dictaba las palabras del testamento: «Por quanto al tiempo que nos fueron concedidas por la Santa Sede Apostólica las yslas y tierra firme del mar oceano, descubiertas e por descubrir, nuestra principal intención fué... de procurar de ynducir a traer los pueblos dellas e los convertir a nuestra sancta fe cathólica...» «Mirad —decía el Emperador Carlos V al despedir a los nuevos Obispos de Panamá y Cartagena de Indias—, mirad que os he echado aquellas ánimas acuestas;

parad mientes que déis cuenta dellas a Dios y me descarguéis a mí.» Convertir a los indios y dar cuenta de sus almas a Dios constituyeron el móvil exclusivo de la presencia de España en América. Por más que las mixtificaciones de la Historia hayan querido deformar la verdad, todo lo que era genuínamente España fué volcado en las Indias, que pasaron a ser, más que dominios, su verdadera prolongación.

¡Toda España en misión!... Nada quedó en España sir ser movilizado cuando la llamada de la evangelización sonó y cuando se hizo espíritu del pueblo, con el mandato de aquel Papa, también español, que se llamó Alejandro VI, la última voluntad de Isabel de Castilla. Sobre naos que llevaban a proa, en vez de mascarones, imágenes de Cristo o de Santa María y que desplegaban en sus velas los abiertos brazos de la Cruz o la pureza intacta de la Inmaculada, el Océano vertió sobre las Indias el caudal inexhausto de los mejores tesoros de la raza; ministros del Señor, en número tan grande, que el cronista Fernández de Oviedo pudo escribir con muy donosa gracia que «me paresce en verdad questas tierras manan o que llueven frayles»; caballeros, hidalgos segundones y soldados que iniciaban todas sus empresas «en el nombre de Dios y de Nuestra Señora» y que, venida la hora de la muerte, eran capaces, como Pizarro, para dar testimonio de su Fe, de besar, a falta de otra cruz, la trazada en el suelo con la sangre de sus propias heridas; oidores y letrados, arquitectos y artífices..., imbuídos, los unos, de un concepto cristiano del Derecho que daba a los indígenas categoría de hermanos en la paternidad común de un mismo Dios, y, los otros, de una idea espiritual de la urbe, que eleva, antes, la iglesia y, en torno suyo, bajo su protección, como en Castilla, los edificios de sus habitadores. ¡Toda España en misión!... Desde el Virrey al último soldado, desde el fraile al grumete, desde el escribano al menestral. Y en la primera fila de la misión, el Arte, que es don casi divino, porque es lo que, en lo humano, más nos acerca a Dios.

Yo no sé si es posible un arte verdadero que no tenga emoción. El arte ha de herir con más fuerza al corazón que al cerebro, antes al sentimiento que a los sentidos. Frente a la sensualidad greco-romana, de exclusivo dominio de la forma, el Cristianismo ha abierto sendas de perfección insuperable al despojar a la materia de aquello que es materia para infundirle la infinita dimensión del espíritu. Nada es el hombre sin anhelo de Dios, y ese anhelo de Dios se remansa y encauza con el arte cristiano: con los retorcimientos del dolor, con la emotividad de la angustia, con la serenidad de la gracia, con la agonía en una Cruz que es la Cruz de todos los pecados de los hombres, con el fuerte realismo de una escena que sugiere y conmueve, que suscita en el alma movimientos de penitencia y ansias de perfección. De nada sirve el arte religioso si no ejerce misión de apostolado, si no se erige en una catequesis, si, antes que en los sentidos, no profundiza en el corazón para arrancar a los labios el casi involuntario temblor de una plegaria.

En Castilla, tierra de líneas rectas, de ásperos y resecos paisajes, más propicios al ascetismo que a la molicie, tiene ese Arte cristiano, a la vez pasional y catequístico, profundo y expansivo, su mejor acomodo. No nos es suficiente sentir, porque también queremos revivir. Maurice Legendre lo ha expresado con frases admirables: «El realismo español no se conforma con la escultura muerta, con la escultura de otro mundo, de vida artificial. La piedad realista de los españoles quiere ver a Cristo, a la Virgen, a los Santos, como personas vivientes, y, si cabe (ese es el secreto y la magia del Arte), con vida más intensa que la nuestra. Y no se han visto nunca personas vivientes sin color ni movimiento». Junto al de los «entalladores», y como su complemento indispensable, crea Castilla el arte de los «encarnadores», es decir, el que, mediante el juego del color, da a la talla la flexibilidad de la vida o la cárdena rigidez de la muerte. Pero, de todos modos, estas realizaciones del arte de Castilla no pueden ser explicadas con

razones puramente humanas: cuando los grandes maestros, como Berruguete o Gregorio Fernández, antes de comenzar la obra reciben en sus pechos al Señor, saben que, sin la perfección del estado de gracia, la madera, en sus manos, es materia demasiado inerte y deleznable para representar con una dignidad conmovedora a las figuras de la Redención.

Por lo que tiene de expresión de un alma colectiva, el arte imaginero castellano se emancipa y se originaliza, para hacerse genuíno y personal. Todas las influencias que revierten en él son absorbidas. Ganados por la atracción de esta Meca del Arte que es Castilla, naciente capital de un gigantesco Imperio, confluyen en Castilla innúmeros artífices de Alemania, de Italia y de Borgoña. Que se desindividualizan aquí para sentirse más influídos que influyentes. El ambiente les gana, y nadie habría, por ejemplo, que en el castellanísimo Juan de Juní pudiera identificar a un posible Jean de Joigny francés. Expansivo el Arte imaginero como la misma Fe a que entrañablemente sirve, desde Valladolid, dice, capital del Imperio español, se irradia a toda España, después que los talleres vallisoletanos han llenado los innumerables templos de Castilla de las prodigiosas tallas y los retablos colosales —verdaderos bosques animados— de Berruguete, Juní, Gaspar Becerra, Gregorio Fernández y la vasta legión de sus discípulos. Existe una genuína escuela imaginera vallisoletana, como existe un barroco —expresión artística de la Contrarreforma— privativamente español. Escuela que hace escuelas. Para inspirar, entre otras, la granadina de Alonso Cano y José de Mora a través de Diego de Siloé, o, mediante Isidro de Villoldo, Juan Bautista Vázquez y Pablo de Rojas, la sevillana de Martínez Montañés, Juan de Mesa y los Roldanes.

Pero la imaginería castellana —inmensa, trascendental e inagotable— toma también, como todo lo que es auténticamente español, el rumbo de las Indias. No hay un fraile andariego, ni un capitán de empresa descubridora o conquistadora, ni un grupo de colonos... que no lleve su imagen. Primero

son las tallas elementales —Vírgenes sedentes o en pie, Crucificados en la agonía, Angustias con el Hijo en el regazo...— en que el mudejarismo se mezcla con el gótico para crear un estilo reciamente español; después, el dramatismo impresionante de un barroco en el que se refleja la fiebre ascética de nuestro catolicismo sin fisuras. En la más limpia cámara del barco brilla siempre un altar donde, entre secas ramas y lienzos de los telares segovianos, una talla de Cristo o de la Virgen oye incesantemente las oraciones de los navegantes. Cada expedición lleva siempre consigo una imagen «conquistadora», capitana y guía, que, por los vericuetos de las montañas y las encrucijadas de las selvas tal vez inexploradas, encuentra como trono de honor los brazos de unos hombres, rotos por la fatiga, hambrientos, desangrados por el largo camino, que antes renunciarían a los pocos alientos que les quedan que a tan dulce y alentadora carga. Cuando Cortés huye de Cuba, solapadamente, para emprender la conquista de la Nueva España, la precipitación con que lo hace le impide acaso completar los bastimentos indispensables, pero no la provisión de las divinas tallas que han de ser aliento de su Ejército y que el santo de Fray Bartolomé de Olmedo ha de ir entronizando en los adoratorios de los indios. Cuando, en la «Noche triste», las huestes de Cortés tienen que retirarse combatiendo y se abren paso entre la muchedumbre que les cerca, no le falta un soldado —Rodríguez Villafuerte— que, tomando en sus brazos la imagen capitana de la Virgen de los Remedios, la pone a salvo de la profanación y de la destrucción.

En esa gigantesca empresa de misión que ha sido el Nuevo Mundo, las tallas de Castilla ejercieron también papeles misioneros. Preciso es afirmarlo: por encima de su arte, de su arrebatador realismo, y tal vez por su propio realismo y por su propio arte, en la imaginería castellana, en esos trozos de madera maravillosamente labrados por una gubia que mueve algo más alto que la exclusiva inspiración del hombre, late una teología inefable y gloriosa. Pero

una teología popular, dinámica y ardiente, clara como las aguas de nuestros manantiales, persuasiva como un ejemplo de buen amor. El pueblo lleva siempre más lejos la sensibilidad que la inteligencia, porque en él puede más el sentimiento que el razonamiento. Lo que no pocas veces no consigue la comprensión de un misterio o de un dogma, lo logra la percepción de la imagen de culto en que ese dogma o aquel misterio están representados. Puede no comprenderse el misterio de nuestra Redención, pero se siente inexorablemente al resplandor divino de un Crucificado que agoniza en la Cruz, muy abiertos los brazos con la más decisiva de las misericordias. Puede no comprenderse el misterio de la maternidad de la Virgen Santísima, pero se la proclama como Madre cuando al pie de la Cruz, rotos los brazos bajo la pesadumbre del dolor, tiene todavía fuerzas para impetrar el perdón de los hombres. Carne de nuestra Fe española y católica, estremecida, popular y teológica, fueron, años y aun siglos antes de su proclamación universal, los dogmas de la Concepción sin mácula y de la Asunción a los cielos de María Santísima, que tantas maravillas inspiraron a los entalladores y pintores de España.

Pues esta teología popular y espontánea, persuasiva y transparente, de la imaginería castellana, pudo ser uno de los factores transcendentales de la evangelización de América. Frente a la bárbara y antibiológica representación de los ídolos indios, la Fe española opuso la divina serenidad de sus Vírgenes y de sus Crucificados; frente a la crueldad del sacrificio humano, la doctrina amorosa de un Dios que no sacrifica, sino que permite que le sacrifiquen. Los dioses aborígenes reclamaban sangre para satisfacerse; el Dios de los cristianos vertía la Suya para redimirles. Hernán Cortés, al frente de unos cuantos bravos, penetra ardidamente en el gran adoratorio de Cempoala y, a golpes de mandoble, derriba los monstruosos ídolos: cubre con blanca cal las densas manchas de sangre de los innumerables inmolados y, luego de tapizar las paredes con telas de algodón y flores frescas, los únicos adornos que

allega su piedad, erige sobre un trono improvisado la suprema belleza de una Virgen que acaricia en sus brazos a un Niño. La teología contra la teogonía; la misericordia contra la crueldad; la entrañable sonrisa de una Madre cuyos brazos acunan a un Hijo, contra la repulsiva frialdad de unos dioses deformes que exigen insaciablemente el sacrificio de nuevas vidas. ¡Qué infinitos horizontes de Verdad religiosa debió de abrir de pronto, a los ojos de los horrorizados sacerdotes, la contemplación de aquella imagen labrada por un remoto e innominado entallador de Castilla!... Meses después habían de repetirse esta escena y estas sensaciones, no en Cempoala, sino en la capital del Imperio, y no con unos sacerdotes, sino con la Corte del propio Emperador Moctezuma. Don Antonio Solís nos lo refiere de este sobrio modo: «Desembarazóse luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los españoles y, blanqueándole de nuevo, se levantó el altar, y en su frontispicio se colocó una imagen de nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente, y, fijando una cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se celebraba misa todos los días, se rezaba el rosario y hacían otros actos de piedad y devoción, asistiendo algunas veces Moctezuma con los príncipes y ministros que andaban a su lado; entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios».

Inédita todavía está la ejemplar y edificante historia de la acción misionera de las imágenes de Castilla en el Nuevo Mundo, donde, como ha afirmado el padre Bayle, muchas veces servían «para enseñanza intuitiva de la religión a los indígenas». No era, aquella irrevocable atracción que en los indígenas despertaban las imágenes, por pura imitación de adoración de la que les rendían los hombres extraordinarios que llegaban del mar y que poseían el trueno y el caballo. Era porque la contemplación de esas imágenes —bellas, reposadas y amorosas— estimulaba en ellos irresistibles atracciones y ansias de una Verdad que hasta entonces habían ignorado.

¡Arte maravilloso el que nos lleva derechamente a Dios!... A Dios derechamente llevaban a los indios aquellas prodigiosas esculturas, cuyo respeto nacía en ellos de modo inexorable y natural. «Cuando Hernando de Alarcón —dice también el padre Bayle— dió las proas al Sur, explorado el Golfo de California, mandó a sus soldados y marineros levantar una ermita a Nuestra Señora de la Buena Guía, y dejóla encomendada a la diligencia de los indios». Esta diligencia no iba a quedar defraudada. Tampoco lo fué, en Nueva España, la del franciscano padre Olmedo, que instaló en poblados indígenas Vírgenes y Cristos y que, cuando tornaban españoles al cabo de meses y hasta de años, hallaban que las imágenes seguían siendo objeto de entrañables ofrendas de flores y de fervorosa adoración. «Puso el fraile —cuenta Díaz del Castrillo refiriéndose al padre Olmedo— una imagen de la Virgen, que había traído Garay, e se la dió cuando se muriera: era pequeña, mas muy hermosa, y los indios se enamoraron de ella, y el fraile les decía quién era». Porque se enamoraban de ellas y porque eran camino recto y claro para evangelizar y para salvar almas, Carlos V, en las Ordenanzas que dictó en Zaragoza en 1518, dispuso que todos los barcos que emprendiesen la vía de las Indias llevaran a bordo imágenes y cruces en grande profusión. Entalladores había de sobra en España —¡prodigioso milagro de la Fe!— para dotar a todas las iglesias que en las Indias pudieran fundarse. En cuanto a lo demás, Dios proveería. Como en las Ordenanzas reales de 1563 se dice, «según el celo y deseo que tenemos de que todo lo que está por descubrir de las Indias se descubriese, para que se publicase el sancto evangelio y los naturales viniesen al conocimiento de nuestra santa fe católica, tendríamos en poco todo lo que se pudiese gastar de nuestra Real Hacienda para tan sancto efecto». La Fe mueve montañas, y la Fe española movió, para el amor de Cristo, a todo el continente americano.

Porque España no se limitó a dar al Nuevo Mundo sus imágenes: le dió, también, el arte y el espíritu que son indis-

pensables para hacerlas. Pocas tareas hay tan nobles e ilustres como la del entallador. Y no por lo que crea, sino, principalmente, por lo que cree. El arte de entallar no se limita a desbastar un tronco para sacar muy lentamente de él relieves y figuras con perfiles humanos: es preciso, ante todo, infundirle un espíritu, de modo que la madera se glorifique y se inmaterialice. La forma, por sí sola, no predispone nunca a la oración. Lo que agita las almas es ese «más allá» vigoroso y pujante, esa como ansia de anonadamiento que pone en las imágenes la piedad de un artista que es sólo el instrumento de que Dios se ha servido. El hombre, por sus solos recursos naturales, puede crear una Venus o un Hércules; el Cristo de la Luz, la Virgen de los Cuchillos o la Quinta Angustia son, exclusivamente, el fruto portentoso de la Fe.

* * *

Cuando, al anochecer de Viernes Santo, Valladolid se trueque en Jerusalén para vivir la plenitud del drama del Calvario, y resuene en sus calles y en sus plazas el desgarrado grito del clarín de la Pasión, y comience a ponerse en movimiento la interminable fila de los penitentes, y haya un temblor de luces angustiadas en las maravillosas figuras de los pasos, y el silencio se altere solamente con el seco redoble del tambor y el rumor contenido de las plegarias..., esta sublime escena despertará algo así como un eco lejano en lugares distantes, separados por la profunda inmensidad del mar, Crucificados y Dolorosas, Nazarenos y Angustias en número incontable, emprenderán la marcha con el impulso de una Fe común. De una Fe arrebatada y arrebatadora que llevó a aquellos pueblos una raza genial e iluminada. Crucificados y Dolorosas, Nazarenos y Angustias, reencarnaciones —si me es permitida la atrevida expresión— del arte imaginero de los talleres vallisoletanos, nacieron por alguna manera en Castilla, porque Castilla, al fundir con su modo de ser influencias y estilos, dió la norma estética para su ejecución

material. Pero el venero quedó aquí. Un venero tan impetuosamente fecundo, que, después de llenar de imágenes los templos, colmó la maravilla del Museo Nacional de San Gregorio, que carece en el mundo de una posible réplica.

La Semana Santa, sin embargo, no puede limitarse a ser una deslumbradora exhibición de Arte, por más que ese Arte sea el prodigioso de Valladolid. Su auténtico sentido es el de revivir, en las almas mucho más que en los ojos, el drama de nuestra Redención; abrir pública cátedra a la meditación y a la piedad, entre flores que a la emoción recogen sus fragancias, luces que se recatan en el misterio de una prima noche anhelante de Dios, millares de hombres que hacen penitencia, Madres traspasadas por los cuchillos de nuestras culpas y Cristos agónicos cuyos labios se entreabren con las palabras de un eterno perdón. En esos días de la Semana Santa, dijérase que el alma de la llanura castellana —penitencial y ascética— se entra por las calles de Valladolid para hacerse liturgia. Todo es aquí litúrgico: el sol, que dora tenuamente —con un oro casi disimulado por las nubes, como el de las imágenes— iglesias y palacios; la luna, que se asoma con miedo de interrumpir la escena y con asombro de lo que está viendo; el aire húmedo y frío de un atardecer de pesadumbre; la estridencia desgarradora del clarín; la llama temblorosa de los cirios; la obscuridad solemne, donde la muchedumbre se recoge en una oración muda y palpitante... Y es litúrgico, sobre todo, el silencio; ese silencio quieto y apretado que parece como un remanso de eternidad, inmovilizador del tiempo, de los hombres y de las cosas.

Todo, hasta el Arte, pasa a ser en Valladolid elemento complementario y estimulador. Porque el protagonista, propiamente, es el pueblo. El pueblo, no la masa. Aquí no existen masas innominadas e impersonalizadas; aquí sólo hay un pueblo, cada uno de cuyos componentes tiene aún un alma inmortal, con voluntad de perfección y salvación. Y es justamente su perfección y su salvación lo que Dios busca

sirviéndose de un Arte que paso a paso renueva la tragedia gloriosa del Calvario. Protagonista el pueblo en el Vía-Crucis, cuando Jesús Nazareno, con la Cruz a cuestas, atraviesa las encalmadas calles de la Amargura de este Jerusalén redivivo, no para escuchar befas y denuestos, sino para recibir, en ofrenda filial, oraciones, súplicas y sollozos. Protagonista el pueblo en el Sermón de las Siete Palabras, cuando, en el marco imperial de la Plaza Mayor, mientras caen sobre la multitud las palabras evocadoras y sugeridoras, dijérase que la talla prodigiosa de Cristo crucificado se conmueve con el último extertor de la agonía para anunciar que todo se ha consumado. Protagonista el pueblo en la conmovedora despedida de Nuestra Madre de las Angustias, cuando, de cara a la llorosa muchedumbre, se retira —lenta, pausadamente— hacia su camarín, como si sintiera alejarse de los hijos para recluirse en el dolor de su inconsolable soledad de una noche. Protagonista el pueblo en la procesión de las mujeres, de las santas mujeres, que, como las de la Pasión, quieren estar a la hora del dolor junto a la Madre —¡ellas, madres también!— para aliviar su pena, para compartir sus amarguras y para enjugar sus lágrimas...

Lo concreto se pierde, se desdibuja y se inmaterializa en este Viernes Santo de Valladolid. Para dar mayor fuerza de realidad al Drama. Y no por designio premeditado y artificioso de los hombres, sino por magia maravillosa de la Fe, que poco a poco mete en el alma la claridad gloriosa, mística y metafísica del alma de Castilla, abrasadora e inmovilizadora. Cuando la procesión del Santo Entierro pasa, no hay espectáculo ni puede haber espectadores; no se contempla: se vive, porque, el que ve, se identifica sustancialmente con lo que está viendo. La luz se hace borrosa, densa la obscuridad, transparente el silencio, impalpable el aroma, inaudible el sonido... Y sobre lo inconcreto de un ambiente que parece de pronto convertido en una nube gigantesca de incienso, enervadora y desfallecedora, flotan, con movimientos de vida real, el ángel

de la Oración del Huerto, y el verdugo de la Flagelación, y la divina humildad del Ecce Homo, y los sayones que levantan la Cruz, y el centurión de la Lanzada, y Cristo agonizante y misericordioso, y el Cuerpo ingrávido que desciende a la tierra, y la serenidad suprema de Dios muerto, y la Piedad, quintaesencia de todas las piedades, y la Virgen de las Angustias, compendio estremecedor de todos los dolores... Allí está, paso a paso, el Drama entero, bárbaro y sublime, popular y teológico, arrebatado y arrebatador, humano y divino, y, sobre todo, edificante y aleccionador, con la lección suprema del Dios de la Verdad, encarnado en el seno de una Virgen purísima y sacrificado en una Cruz por hacer más perfectos a los hombres y para redimirles de sus culpas.

...Y allí está la Fe. La Fe andariega y misionera, universal y universalista, evangelizada y evangelizadora, de Castilla, de esta llanura ascética donde el cielo desciende y la tierra se eleva para fundirse en un abrazo mutuo. La Fe que alumbró mundos, forjó naciones y evangelizó pueblos; la que derramó por todo el Universo la semilla fecunda de la esperanza en Dios, que es la más decisiva de las esperanzas; la que desgranó una a una las perlas de un idioma prócer para que inmensas muchedumbres de infieles aprendieran a rezar y a pedir; la que abrió de par en par los tesoros de un Arte casi divino y los dipersó por todo el Orbe para que los hombres renovasen la lección definitiva de la Redención; la que hoy, en la presente coyuntura trágica del mundo, representa la más firme reserva moral para una Humanidad desorientada que no sabemos si tiene voluntad de salvarse. Allí, en la Plaza Mayor de vuestro Viernes Santo, está la Fe —enteriza y granítica, inflamada y ardiente— de Castilla, de una Castilla que verdaderamente se encontró cuando, en total renuncia de todo aquello que era renunciable, se abrazó a una Cruz, vistió un sayal y siguió los pasos de Aquel que —pudiéndolo todo, lo que no podrá nunca es equivocarse ni equivocarnos— dijo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».

ARCHIVO
VALLADOLID
MUNICIPAL